

Vanessa Beecroft
VB36, 1998

Desde 1994, Vanesa Beecroft realiza *performances* que consisten en reunir en una sala de un museo o centro de arte a una veintena de mujeres jóvenes, vestidas con sólo unas pocas prendas: ropa interior, o tacones altos, o zapatillas deportivas, o medias, o pelucas... Durante aproximadamente dos horas las modelos participan en una especie de *tableaux vivant*, para los que se requiere una inmovilidad casi absoluta.

Las *performance* de Beecroft acostumbran a seguir una misma estructura: una veintena de mujeres de la ciudad en la que se presenta el proyecto visten algunas prendas procedentes de la misma ciudad. Medio desnudas, mantienen su mirada fija en la lejanía, mientras son objeto de las miradas escrutadoras de los espectadores. A veces, las modelos se estiran, andan un poco o se sientan en el suelo para cambiar la posición de su cuerpo. La audiencia mira y espera. Se produce un efecto de incomodidad ante una situación un tanto ambigua: las modelos acostumbran a ser arquetipos y, sin embargo, la cercanía, las hace percibir como mujeres de carne y hueso que, a su vez, representan su papel, con lo cual se produce nuevamente un distanciamiento.

Las fotografías de la serie *VB36* testimonian la *performance* que tuvo lugar en la Galerie für Zeitgenössische Kunst de Leipzig, donde una modelos rubias, altas y bellísimas vestían únicamente gorras de color caqui y sandalias de tiras de tacón alto. La referencia a Helmut Newton, como autor de toda una iconografía del desnudo en los ochenta no es ajena, como tampoco lo son todas las referencias a la historia de la *performance* desde los años 70, con Gilbert & George y su impasibilidad en el espacio público, pasando por Ulay & Abramovic y la incomodidad que creaban en el público al tener que pasar entre los cuerpos desnudos de los artistas para acceder a una sala del museo, o la idea feminista de la *performance* que conecta con la posibilidad de una experiencia femenina del cuerpo.

En el caso de *VB36* y otros trabajos de Beecroft, las referencias a la historia de la *performance* son evidentes. Pero Beecroft va un paso más allá y no sólo hace un comentario al pasado, sino que lo reformula, al posicionarse como directora de la puesta en escena, sin exponerse personalmente. La desnudez de las modelos no es total, es arbitraria aunque no lleven nada que las cubra. La uniformidad en los accesorios y los otros elementos hacen que la desnudez sea menos obvia, la anula en cierta forma. Por otra parte, aunque las modelos se convierten en objetos del *voyerismo* de los espectadores, su autoconfianza las distancia del espectador y las aleja de cualquier consideración de meros objetos. Finalmente, la visión de estos retratos vivientes se convierte en lecturas de las nociones locales de clase, belleza y gusto. La exposición de la intimidad no viene dada por la presencia de los cuerpos desnudos en un espacio público como es el museo, sino por la incomodidad que genera la incertidumbre de la espera y el reconocimiento de la realidad en una apariencia arquetípica.